

MANDORLA

NUEVA ESCRITURA DE LAS AMÉRICAS • NEW WRITING FROM THE AMERICAS

Excerpt from / Fragmento de *Mandorla*, Issue 14

ROBERTO APPRATTO

DOS POEMAS

LA MUJER DORMIDA, DE JAN VERMEER (1657)

Una imagen, firme, bien coloreada,
Sostenida en sí misma desde un tiempo antes,
No sé cuánto. Una mujer sentada en el crepúsculo.
En un espacio interior, con los ojos cerrados, tal vez
Ya dormida pero no tanto como para aflojar
La posición del brazo que sostiene la cabeza
Para que no caiga. La otra mano
Apoyada en el mantel, dedo por dedo,
Como si apretara su historia en silencio. Ahí
Cada palabra cuenta.
Está en actitud de pensar, pero no preocupada,
Más bien utilizando el tiempo a su favor.
Nadie puede venir a molestarla en ese trance
Porque no es sólo su trance sino la disponibilidad,
A un nivel que sólo un adulto puede comprender,
Para estar en trance, sola. Es el acto de captar para sí
Todos los momentos de distracción en uno.
La mujer seguramente no sabe, al menos del todo,

Qué grado de perfección alcanza su silencio
Ni qué profundidad, más allá de los límites del cuarto en que está,
Puede ofrecer la contemplación de su cabeza. Al fin y al cabo,
Es una superficie bien coloreada pero en matices oscuros,
Sobre todo arriba, para que la luz se concentre en el blanco de su cuello
Y ampare el tiempo de reflexión en su historia. En eso estaba
Un segundo antes de entrar y sentarse allí. Dejó la puerta
Entreabierta por el apuro por llegar a esa habitación
Que no es la suya para estar sola. Ella, sin duda,
Es lo que es: una mujer entregada al matiz de la mirada
O absolutamente nada. Un episodio de la vida urbana
Que la descripción no puede agotar, porque no es eso
Lo que la tiene así. Toda su historia queda subsumida,
Si ésa es la palabra, en lo que callaría si se le preguntara
En cualquier tono
Por su estado de ánimo. Lo que la superficie revela
Es eso: el universo se compone de los colores que ella vio
Al entrar y sentarse, y que la ayudarían a pensar en su vida
Sin una sola vibración. Es ese instante, antes de dormirse,
Con la vigilia suspendida en la posición de sus manos,
Lo que la descripción puede señalar sin hacer ruido. La mano
Parece proteger, en un gesto de delicadeza, la plenitud del rostro
Tal como está, incluso la semisonrisa con que se entrega al sueño:
Los dedos doblados contra la sien no pueden evitar la inclinación
De la cabeza, y del cuerpo, hacia la comodidad de una idea de sí misma
Que buscó todo el día, deambulando por la casa. Está así,
Momentáneamente. Nada asegura que el brazo no caerá en unos segundos
Para revelar, al despertar, otra cosa que aún no puede entender. Todo lo que está
A su lado –la puerta entreabierta, la fruta, la botella, el tapiz doblado, la silla
Que la enfrenta, el cuadro oscuro a sus espaldas- son signos de desasosiego,
Del equilibrio precario en que está su vida a esta hora de la tarde. Quién sabe
Si entonces su mano izquierda no se cierra, irritada,
Sobre la mesa, y aprieta un pliegue del mantel el tiempo necesario
Para quebrar el orden que la luz le impone. Por ahora
Duerme, y lo que vemos es exactamente lo mismo que ella ve,
Esa posición del cuarto y de las cosas que se cristalizan para durar
Mientras encuentra un sentido para el cuadro.